

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

**CRISTO HA VENCIDO A LA MUERTE:
ALEGORÍAS DE LA MUERTE
EN LA BASÍLICA**

De lo alto del cielo estrellado de la gran cúpula, que simboliza la bóveda celeste, la figura luminosa de Cristo glorioso, vencedor de la muerte y juez universal, rodeado de la Virgen María y de los Apóstoles según la promesa evangélica: *Os sentaréis sobre doce tronos, a juzgar las doce tribus de Israel* (Mt 19,28), se eleva sobre los ángeles, sobre los santos y sobre los difuntos que reposan en las numerosas tumbas esparcidas en la Basílica Vaticana.



Este gran acto de fe y canto de esperanza en la resurrección de Cristo acompaña a todo fiel en la consideración del misterio de la muerte. De aquí proviene toda una simbología e iconografía sacra que adorna algunos monumentos funerarios de pontífices o de otros personajes.

A este respecto permanecen en la Basílica algunos fragmentos muy elocuentes: el bajorrelieve de la *Resurrección de Cristo*, compuesto y solemne, de inspiración clásica, obra de Juan Dalmata, perteneciente al monumento fúnebre de Pablo II (1464-1471); un fragmento de *Cristo en el trono*, llamado comúnmente de Cristo Rey, ahora al ingreso sud de las Grutas y el relieve de *Cristo Víctima Santa*, que se yergue sobre el sepulcro referido al Papa Calixto III (S. XV).

En el siglo XVII se cambia la prospectiva iconográfica sobre el misterio de la muerte. Se pone el acento, bajo el influjo de la cultura del tiempo,

en las imágenes alegóricas, para remarcar en un tono escenográfico lo efímero de la vida junto a la miseria humana, y para esclarecer la prospectiva del cielo y de la eternidad. Tomaremos algunas alegorías de la muerte bajo distintas facetas, presentes en distintos monumentos de la Basílica.

El registro universal de la muerte.

El tema de la muerte, que escribe el nombre de todos y cada uno de los hombres en su registro universal, se encuentra en el monumento de Urbano VIII (1623-1644), obra de Bernini realizada entre el 1627 y el 1674 por comisión del mismo pontífice. Sentada en frente a la tumba del pontífice, se representa a la muerte. El esqueleto de bronce sostiene un libro abierto en el cual está terminando de escribir con grandes letras: *URBANUS VIII / BARBERINUS, PONT. / MAX.* De este modo, aún el nombre del gran Papa, que tanto hizo por la Basílica (piénsese tan sólo en el Baldaquín), ha sido escrito por la muerte en su registro.



La muerte que cuenta el tiempo

En el monumento de Alejandro VII, obra también de Bernini realizada entre el 1671 y el 1678, la protagonista de la suntuosa escenografía, por su temible e impresionante aparición, es la imagen esquelética de la muerte, que mide y marca el tiempo con una clepsidra, un reloj de agua.



El majestuoso paño de jaspe que se alarga sobre el monumento es sostenido y agitado por el gran esqueleto alado, de bronce dorado, que irrumpe en la escena, entrando en vuelo desde la puerta. Con una mano se cubre el rostro con el paño, y con la otra blande la clepsidra, para indicar al pontífice que el tiempo de la vida terrena ha terminado.

Sin embargo la figura del pontífice se muestra con el rostro sereno, en oración, porque es asistido por las grandes virtudes que ejercitó en la vida; la justicia, la prudencia, la veracidad y la caridad.

La muerte y el desvanecerse de la belleza

En el monumento funerario del Papa Clemente X (1670-1676), obra ideada por Matías de Rossi y realizada por autores diversos entre el 1682 y el 1686, aparecen dos figuras de la muerte como el desvanecimiento de la belleza, y la «vanidad de la vanidad».

Es la imagen lúgubre de una larga y efímera cabellera bajo la cual no hay más que un áspero cráneo. Es la imagen de la muerte que hace disipar la belleza física: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.



La muerte y el decaimiento del poder

En el monumento honorario de la Reina Cristina de Suecia, casi frente a la Piedad, aparece este tema, relacionado al personaje allí sepultado. La obra fue pensada por Carlos Fontana y realizada por otras manos entre el 1691 y el 1702. Debajo del gran medallón de bronce con el retrato de la reina hay un elemento alegórico mortuorio que encabeza un cartel con la inscripción del monumento. Se trata de un cráneo alado y coronado. Crea un fuerte contraste el oro de la corona con el cráneo descompuesto y reclinado. Aún el poder es reducido a nada por la muerte, que parece coronarse a sí misma como reina.



contraste el oro de la corona con el cráneo descompuesto y reclinado. Aún el poder es reducido a nada por la muerte, que parece coronarse a sí misma como reina.

Traducción y adaptación por el Sem. Pablo Trollano.